

Pilar Pazos Pezzi*, **Soledad García Eslava****

*Psicóloga, Madrid. **Psiquiatra. Servicio de Salud Mental, Jaén.

Resumen

Se realiza una revisión de textos, a través de la historia de la literatura, sobre el tema del duelo, mostrando su aportación a la formalización cultural y a la comprensión clínica de diversos fenómenos relacionados con éste y con su elaboración. Se ilustran los ritos, lamentos y expresiones de sentimientos inmediatos a la muerte; aspectos clínicos como la negación, anestesia emocional, reacciones somáticas, culpa, depresión, ambivalencia, odio, alcoholismo... Aspectos literarios como el desprendimiento de los objetos del fallecido, los cambios en la percepción del entorno, sensaciones, recuerdos, como se rehace la vida. La influencia del tipo de vínculo que se tiene con el muerto y como determina el duelo. La literatura incide también en aspectos terapéuticos. Se ilustran casos especiales como el duelo de los niños, de los adolescentes, en la viudedad, en la ancianidad, por los animales, por las etapas perdidas de la vida y el duelo anticipado.

Palabras clave: literatura, duelo, muerte.

Summary

The article is a review of the texts on bereavement throughout the history of literature. It shows its contribution to the cultural settlement and the clinical comprehension of various phenomena related to it and its elaboration.

It explains the rites, mourning and expressions of sorrow immediately after death, the clinical aspects such as denial, emotional anesthesia, somatic reactions, guilt, depression, ambivalence, hate, alcoholism.... It shows the literary aspects in the removal of the belongings of the

deceased, changes in the perception of the surroundings, emotions, remembrances, starting a new life, how the type of relationship with deceased determines the sorrow. Literature also reaches therapeutic aspects, such as those concerned in dealing with practical things. Special cases are shown: grief for children, teenagers, animals, missed stages of life, future grief, and from the point of view of widowhood and old age.

Key words: Literature. Grief. Bereavement. Death.

Todo pasa; los seres queridos desaparecen de nuestro lado; una estela de amor y de melancolía queda en nuestro espíritu.

Los pueblos. Azorín.

Introducción

Uno de los temas presentes a lo largo del tiempo en la literatura es la pérdida de los seres queridos y los múltiples aspectos del duelo. En este trabajo se pretende a través de diversas obras y textos señalar elementos importantes de la elaboración cultural del duelo por medio de la literatura, resaltar aportaciones a la visión clínica que la confirman, matizan y enriquecen. Esto puede servir de reflexión para avanzar en la descripción, en la profundización psicopatológica del duelo, en la ilustración y desarrollo de las ideas que ha aportado el psicoanálisis al respecto, así como a la comprensión de su elaboración, de lo que favorece una resolución satisfactoria y de lo que puede llevar a convertirlo en patológico.

En la literatura se encuentran igualmente ideas terapéuticas al respecto. Por otra parte como ya señaló Séneca en el libro dirigido a Polibio¹: el escribir es una forma de contribuir a preservar la memoria de los que hemos perdido, “No halle el dolor por parte alguna entrada en ti. Alarga así mismo la memoria de tu hermano en alguna obra de tus escritos, porque de las cosas humanas sólo ésta es a quien ninguna tempestad ofende y ninguna vejez consume”, en definitiva a elaborar el duelo. Esta idea muy común, la reescribe A. Machado pocos días antes de su muerte: “Y te daré mi canción/se canta lo que se pierde/como un papagayo verde. ...” señalando el carácter casi automático del escribir como un modo de recuperación. Similar función cumplen otras expresiones culturales y artísticas. La lectura puede servir a la misma finalidad a través de las identificaciones, pensamientos, evocaciones o estados de ánimo que suscita en el lector.

En las diferentes épocas históricas y géneros literarios las alusiones al duelo muestran puntos y núcleos repetitivos, al tiempo que matices o aspectos diferenciales, complementarios o evolutivos. El teatro, la prosa o la poesía abordan similares fenómenos, aunque la forma de expresión de estos varíe. En rasgos generales, en los textos dramáticos abundan las manifestaciones expresivas; en la novela, cuento o prosa las descripciones de fenómenos, hechos o sentimientos y elaboraciones teóricas. La lírica, a veces, es más adecuada para evidenciar la resonancia y profundización emocional. No obstante ésto es sólo relativo, pues la pregnancia e intensidad del tema desborda la forma literaria a través de la que se manifiesta.

En el presente trabajo se ha efectuado una revisión de textos literarios sin un criterio estricto, intentando hacer un recorrido amplio y variado, que no pretende ser exhaustivo. Se basa en obras y autores conocidos que pueden considerarse parte del acervo cultural en nuestro ámbito, primando los que llamamos clásicos de la literatura; algunas obras menos conocidas se han escogido por lo preciso y depurado de su ejemplificación.

Ritos, lamentos y expresión de sentimientos inmediatos a la muerte

La ritualización del duelo y el cortejo que lo acompaña, expresión inmediata de los lamentos, el llanto y diversas emociones aparecen ya desde las primeras manifestaciones literarias.

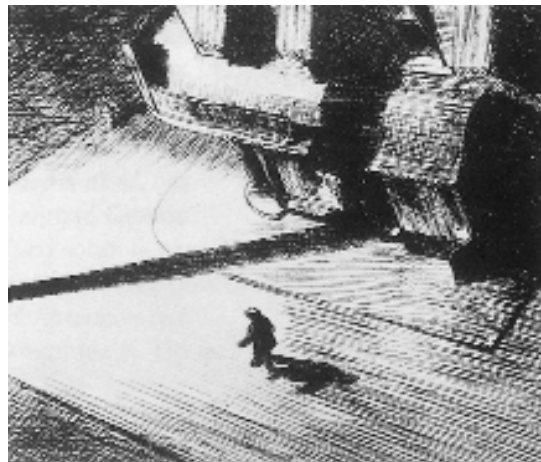
Los ritos funerarios se describen en diversas obras, empezando por El libro de los muertos en Egipto. En la Biblia², en el Eclesiástico, se recoge en “El duelo”: “Hijo, por un muerto derrama lágrimas, y como quien sufre cruelmente, entona un lamento, entierra su cadáver según el ritual, y no seas descuidado en su sepultura. Lloro amargamente y date fuertes golpes de pecho, hazle el duelo según su dignidad, un día o dos, para evitar murmuraciones”.

En la Iliada³ de Homero, encontramos numerosas descripciones de ritos funerarios, un ejemplo de ellos es el funeral de Patroclo: “los mirmitones dan vueltas montados en sus caballos en torno al cuerpo de Patroclo, luego Aquiles inicia las lamentaciones, impone sus manos sobre el pecho del muerto y le da cuenta de la venganza que piensa cobrarse en el cuerpo de Héctor. Seguidamente tiene lugar el banquete funeral. Más tarde, dormido Aquiles se le aparece el alma de Patroclo que le ruega dé a su cuerpo sepultura. Al día siguiente se le prepara la pira, Aquiles ofrenda su cabellera al difunto Patroclo, e invoca a los vientos, por mediación de Iris, acudan a avivar el fuego de la hoguera mortuoria. Luego se apaga la pira, se recogen los huesos del héroe, que se guardan en una urna de oro y se construye su tumba. Posteriormente se inician los juegos funerarios”. En la Eneida⁴ de Virgilio, a los funerales de Palas se sacrifican a los prisioneros en la pila funeral. La nota de salvajismo que suponen estos ritos presentes tanto en Homero como en Virgilio nos recuerda una cita de Freud⁵ “la idea de la muerte propia es inaccesible al inconsciente, que se muestra sanguinario respecto a la de los extraños y ambivalente en relación con las personas queridas”. También encontramos, en la tragedia clásica, la de no poder realizar el rito funeral como vemos en Las suplicantes de Eurípides⁶ y en Antígona⁷ de Sófocles.

Otra expresión son los banquetes funerarios como los que encontramos en la *Iliada*³ de Homero, que también se observa en la literatura rusa por ejemplo en *Los Hermanos Karamazov*⁸ y en *Crimen y Castigo*⁹ de F. Dostoievsky.

Las descripciones del duelo aparecen en toda la historia de la literatura, son muy frecuentes a partir de la novela realista del siglo XIX y en el romanticismo. En *Que solos se quedan los muertos*¹⁰, de G. A. Bécquer, se aprecia también el rito funeral: “Cerraron sus ojos/que aun tenía abiertos/taparon su cara/con un blanco lienzo/y unos sollozando/otros en silencio/de la triste alcoba/todos se salieron./De la casa en hombros/lleváronla al templo/y en una capilla/dejaron el féretro./Allí rodearon/sus pálidos restos/de amarillas velas/ y de paños negros./De la alta campana/la lengua de hierro/le dió volteando/su adiós lastimero./El luto en las ropas/amigos y deudos/cruzarón en fila/formando el cortejo./Del último asilo/oscuró y estrecho/abrió la piqueta/el nicho a un extremo./Allí la acostaron/tapiáronla luego/y con un saludo/despidióse el duelo”. En *Doloras y Cantares*¹¹ de Campoamor, en *La opinión* vemos las diversas reacciones y actitudes de los acompañantes frente al muerto: “¡Pobre Carolina mía!/ ¡Nunca la podré olvidar!/ Ved lo que el mundo decía/viendo el féretro pasar./Un clérigo: ¡Empiece el canto!/El doctor: ¡Cesó el sufrir!/El padre: ¡Me ahoga el llanto!/La madre: ¡Quiero morir!/Un muchacho: ¡Que adornada!/Un joven: ¡Era muy bella!/Una moza: ¡Desgraciada!/Una vieja: ¡Feliz ella!/ -¡duerme en paz!- dicen los buenos/Un filósofo: ¡Uno menos!/Un poeta: ¡Un ángel más!/”.

En *la Casa de Bernarda Alba*¹², de García Lorca, se refiere el cortejo, los rituales y la imposición del luto. Introduce el matiz de la ambivalencia y mala aceptación del acompañamiento del cortejo del duelo y la excesiva rigidez en las normas que la madre impone sádicamente a las hijas casaderas, en relación con una posible envidia por parte de la misma; todo esto desembocará al final de la obra en un trágico desenlace. Es también un ejemplo de patología familiar del duelo.



Sombras nocturnas
Edward Hopper, 1921

Aguafuerte

En *El Funeral*¹³, de J. A. Valente, se habla del cortejo: “Vi al bueno, al falaz, al justo, al turbio/al simplemente entristecido/por la ocasión, la cera, el *Dies irae*/al facundo, al opaco, al transparente/al sordo, al que llegaba/desde mi propia infancia a ofrecerme una imagen/de lo que fui cuando el que había muerto/en sus manos entera contenía mi vida./.../No importa, óyeme. Tú/donde quiera que estés, estás más vivo./.../Mas también vi entre todos/al que lo había amado/(sólo entonces se alzó, segura y mía/en su dolor tu imagen)./La asamblea/devota o indiferente o enternecida/circunspecta y simbólica/se deshizo en saludos/”. Aquí vemos como el cortejo del duelo ayuda a hacer una recapitulación de la relación con el objeto perdido. Cómo el duelo y la presencia de unos ayuda a la elaboración del duelo a otros.

Entre las impresiones más inmediatas a la muerte encontramos los lamentos y lloros como leemos en la Biblia¹⁴, en *El Segundo libro de Samuel*, cuando comunican a David la muerte de Saúl: “Tomando David sus vestidos los desgarró, y lo mismo hicieron los hombres que estaban con él. Se lamentaron y lloraron y ayunaron hasta la noche”. En *la Iliada*³, al comunicarle a Aquiles la muerte de su amigo Patroclo: “Del pecho de Aquiles se elevó un gemido que subió hasta los mismos cielos. La de-

esperación del héroe no reconoció límites al oír esas palabras del mensajero. Se mesó los cabellos, cubrió su cabeza de obscura ceniza, se tendió en el polvo”; su madre Tetis lo consoló. Andrómaca llora la muerte de Héctor diciendo: “¡Ay marido! Qué joven la vida abandonaste y a mí viuda me dejas en palacio, y al niño así de tierno todavía”. En Agamenón¹⁵ de Esquilo: “¡Ay, ay oh rey oh rey!/¿Cómo voy a llorar-te?/¿Qué podría decirte/que salga del amor de mis entrañas?” En la Eneida⁴ de Virgilio a la muerte de Palas: “Al traspasar Eneas los umbrales/los pechos golpeándose levanta/unánime gemido hasta los cielos/y por la regia estancia el llanto cunde/...”. En el Cantar de los Nibelungos¹⁶ dicen de Krimilda esposa de Sigfrido a la muerte de éste: “Se desplomó entonces sobre el suelo, incapaz de decir palabra. Allí se podía ver yacente a la desventurada. El dolor de Krimilda no tenía medida. Al volver de su desmayo, fueron tales sus gritos que la cámara tembló”, ilustra las expresiones primitivas del dolor que van de la paralización a la tempestad de movimientos llegando hasta el histrionismo. La ternura se manifiesta en El Cantar de Roldán¹⁷ a la muerte de su amigo Oliveros: “Está viendo Roldán que su amigo está muerto, y cómo yace en tierra la cara contra el suelo, y con mucha dulzura comienza a lamentarlo: mi señor, compañero ¡en mala hora luchaste! juntos hemos estado muchos años y días. Jamás me hiciste mal y nunca te lo hice”. En La Vida Nueva¹⁸ de Dante: “¡Ay de mí! Por la fuerza de muchos suspiros/que nacen de los pensamientos que están en el corazón/los ojos son vencidos y no tienen valor/de mirar a nadie que los mire/Se han vuelto tales que parecen dos deseos/de llorar y mostrar dolor/y muchas veces lloran tanto que Amor/los rodea con corona de martirio”. En El Cancionero¹⁹ de Petrarca: “Mi benigna fortuna el vivir ledo/los claros días las tranquilas noches/de repente en dolor vueltos y llanto/me hacen odiar la vida y querer muerte”. En la Elegía Primera²⁰ de Garcilaso dedicada al duque de Alba con ocasión de la muerte de su hermano: “con que de su dolor mi fantasía/se descargase un poco, y se acabase/de mi continuo llanto la porfía/.../Que según he sabido ni a las horas/que el sol se muestra ni en el mar se esconde/de tu lloroso estado

no mejoras/”. En Romeo y Julieta²¹ de W. Shakespeare: “¡Hija, hija! ¡Mi alma y no mi hija!/ ¡Muerta, muerta mi hija idolatrada/y con ella mi dicha sepultada!”. En Mujeres enamoradas²² de Lawrence, Birkin llora a su amigo Gerald; en esta novela se trata de la persistencia del amor tras la muerte. En Mortal y rosa²³ de F. Umbral: “Vivo de llorarte en la noche con lágrimas que queman la oscuridad”. Se habla de la imposibilidad para el llanto en el momento inmediato de la muerte en Las Hijas de Hanna²⁴ de M. Fredriksson: “su padre acababa de morir se sintió invadida por un dolor quieto y silencioso, impotente se dió cuenta de que aquella pena le duraría el resto de su vida y no podía llorar”. Pueden observarse las distintas reacciones en función de la relación con el fallecido ya sea amigo, esposo, amante, amor idealizado, hijos, padres.

Otro de los elementos más comunes, a lo largo de la literatura del duelo, son las reacciones somáticas inmediatas como los desfallecimientos y desmayos, presentes en El Cantar de los Nibelungos¹⁶ ya citado. En El Cantar de Roldán¹⁷: “los golpes de Roldán reconoce en tres gradas/sobre la verde hierba ve yacer al sobrino/nadie debe extrañarse si Carlos se estremece/lo toma entre sus brazos, lo reclina en su pecho/y sobre él se desmaya. Tan grande es el dolor/”. En Laberinto de Fortuna²⁵, de J. de Mena, la madre de Lorenzo de Avalos se desmaya al verlo muerto. En El Tío Goriot²⁶ de Balzac: “¡Mi padre ha muerto! Gritó la condesa. A aquel grito terrible subieron y encontraron a la condesa desvanecida”. En Salambó²⁷ de Flaubert a la muerte de Matho “Salambó casi desvanecida es llevada a su trono”. En Don Carlos²⁸ de Schiller, aquél al ver a su amigo muerto se desmayó a su lado.

En la evolución de las literaturas romances en el Siglo XIV se ve el paso de la rabia a la reconciliación y el consuelo. En Laberinto de Fortuna²⁵ de J. de Mena, en Las endechas que hace la madre a la muerte de Lorenzo de Avalos: “Bien se mostraba su madre en el duelo/que hizo la triste después ya que vido/el cuerpo en las andas sangriento tendido/de aquel que criara con tanto recelo/ofende con dichos crueles al cielo/con

nuevos dolores su flaca salud/e tantas angustias roban su virtud/que cayó por fuerza la triste por suelo/Se rasga con uñas crueles su cara/e fiere sus pechos con mesura poca/besando a su fijo la su fría boca/maldice las manos de quien lo matara/maldice la guerra do se comenzara/busca con ira crueles querellas/niega a si misma reposo de aquellas/e tal como muerta viviendo se para/Dezia llorando con lengua rabiosa/o matador de mi fijo cruel/mataras a mi y dexaras a él/". En *Las Coplas a la muerte de su padre*²⁹ de Jorge Manrique se aprecia la aceptación de la muerte: "Así, con tal entender,/todos sentidos humanos/conservados, /cercado de su mujer/y de sus hijos e hermanos/e criados,/dio el alma a quien gela dio/(el cual la ponga en el cielo/en su gloria)/que aunque la vida perdió/dexónos harto consuelo/su memoria./".

También vemos descrito el horror y estremecimiento ante el cadáver. En *El Libro del buen amor*³⁰ del Arcipreste de Hita a la muerte de Trotaconventos dice "Eres en tal manera del mundo aborrida/que por bien que lo amen al omne en la vida/en punto que tu vienes, con tan mala venida/todos fuyen de el como de res podrida/". En *La Montaña Mágica*³¹ de T. Mann se lee "... al día siguiente la expresión de Joachin había comenzado a sonreír entre su barba de guerrero y Hans Castor no se disimulaba que esa sonrisa tenía una tendencia a degenerar, inspiraba al menos una prisa repentina". En *El Cuerpo Deshabitado*³² de R. Alberti: "Que cuatro sombras malas/te sacaron en hombros/muerta. /Y entraste tú de pie/bella/entraste tú y ahora/por los cielos peores/tendida/fea/sola/". Otras vivencias frente al acercamiento al cadáver encontramos en *Las Horas*³³ de Cunnighan: "... Permanece arrodillada a su lado, sin saber qué hacer. Vuelve a tocarle el hombro con la mano, no lo acaricia se limita a reposar en él la mano. Se siente (como asombrada de sí misma) ligeramente avergonzada por lo que ha ocurrido. Se pregunta por qué no llora. Es consciente del sonido de su propia respiración".

Otros muchos sentimientos inmediatos ante la desaparición del cadáver, el vacío, la soledad por la separación aparecen en *La lluvia amarilla*³⁴ de

Llamazares, la peculiaridad en este caso es que se trata del suicidio de la esposa; "el largo y silencioso velatorio de la noche y el posterior entierro de Sabina, bajo la dura luz helada de aquel amanecer, y la terrible soledad que se abatió sobre la casa cuando los hombres volvieron a partir hacia las suyas, me sumieron en una total indiferencia de la que tardé muchos días en salir". En *La plaza del diamante*³⁵ de M. Rodoreda no está el cuerpo de Quimet, el esposo, y es evocado por medio de una paloma.

Clínica y fenomenología del curso del duelo

Una de las primeras reacciones puede ser la *Negación* como ocurre en el *Cantar de los Nibelungos*¹⁶ cuando le comunican a Sigmundo la muerte de Sigfrido "Dijo ahora el señor Sigmundo: Dejaos de burlas y, en atención a mí, no divulgéis tan graves noticias. Libraos de decir a nadie que han matado a Sigfrido pues en toda mi vida podría yo resignarme a su pérdida". También la encontramos en el *Romancero viejo* en la muerte ocultada³⁶. En la plaza del diamante³⁵, de M. Rodoreda, cuando le comunican a su esposa la muerte de Quimet "...y no quería pensar en que el Quimet estaba muerto. Quería pensar que era como siempre, que estaba en la guerra y que cuando se acabase la guerra volvería con su dolor en la pierna". Cuando la muerte ocurre en la ausencia, ésta aumenta las fantasías de regreso, de recuperación.

La *Anestesia Emocional* también la encontramos muy bien descrita en *La plaza del diamante*³⁵ "Cuando alguna vez había oído decir: esta persona es como de corcho, no sabía lo que querían decir y por fin entendí lo que querían decir, porque yo era de corcho. No porque fuese de corcho sino porque me hice de corcho y el corazón de nieve. Tuve que hacerme de corcho para poder seguir adelante".

Reacciones somáticas y alimentarias como ocurre en *La dama de las camelias*³⁷ de A. Dumas "Desde su casa le escribo todos estos detalles en medio de mis lágrimas y delante de una lámpara que arde tristemente, junto a una co-

mida de la que no pruebo bocado, como puede usted imaginarse, pero que Nadine me ha hecho traer porque no he comido nada desde hace veinticuatro horas”. La sensación de enfermedad se ve en el Cancionero¹⁹ de Petrarca “Como aquel que los nervios y la mente/siente enfermos a causa de una fiebre/así me sentí yo desconociendo/que era el fin de mis bienes incompleto”.

La *astenia* está maravillosamente descrita en La Cansera³⁸ de V. Medina “Anda tú, si quieres.../que a mi no me quea/ni un soplo d’aliento/ni una onza de juerza/ni ganas de verme, /ni de que me mienten siquía la cosecha.../.../No te canses, que no me remuevo;/anda tú, si quieres, y éjame que duerma/¡a ver si es pa siempre!... ¿Se no me espertara!... /¡Tengo una cansera!”.

El *insomnio* en El Cancionero¹⁹ de Petrarca “Ya tuve al desear tan dulce llanto/que endulzaba cualquier amargo estilo/e insomne me hizo estar todas las noches/...”. En Elegía primera²⁰ de Garcilaso se relata “Y del dolor el sueño desterrado/con ansias vas buscando, el que partido/era ya con el sueño y alongado”

Culpa encontramos en Edipo Rey³⁹ de Sófocles, la culpa lleva a la autoagresión, al enterarse de que mató a su padre y desposó a su madre y tras el suicidio de ésta “Una vez que estuvo tendida la infortunada, fue terrible de ver lo que siguió, arrancó los dorados broches de su vestido y alzándolos se golpeó con ellos las cuencas de los ojos, al tiempo que decía que no le verían a él, ni los males que había padecido, ni los horrores que había cometido sino que estaría en la oscuridad”. En la Eneida⁴, Eneas se siente culpable de no haber cumplido su promesa a Evandro padre de Palas de velar por su hijo en la batalla “Ay que no era ésto, lo que de ti a Evandro prometiera”. También aparece la culpa en Las Suplicantes⁶ de Eurípides. Los ejemplos son innumerables, la observamos en los duelos por pérdidas en un sentido más amplio, como en el romance por La pérdida de Alhama⁴⁰, en el que la culpa se ve reforzada por la que atribuyen los otros al rey moro: “...por eso mereces, rey/una pena muy doblada/que

te pierdas tú y el reino/y aquí se pierda Granada/-¡Ay de mí Alhama!”.

La *Pena o Tristeza* en La Vida Nueva¹⁸ de Dante “Gran angustia me dan los suspiros/cuando el pensamiento a la mente oprimida/me trae a la que me ha partido el corazón/y muchas veces pensando en la muerte/me entra de ella un deseo tan suave/que me trasforma el color del rostro/y cuando su imagen me acomete con más intensidad/tanta angustia me entra por doquier/que vuelvo en mí por el dolor que siento/”. Enfado, queja, dolor inconsolable e incapacidad de salir de él se refleja en la Égloga de Salicio y Nemoroso⁴¹ de Garcilaso: “¡Ay muerte arrebatada!/por ti me estoy quejando/al cielo y enojando/con importuno llanto al mundo todo/Tan desigual dolor no sufro modo/No me podrán quitar el dolorido/sentir, si ya del todo/primeramente no me quitan el sentido/”. La imposibilidad de evitar al hombre el dolor de la pérdida, la resalta Azorín retomando de nuevo este verso⁴²: “¡Eternidad, insondable eternidad del dolor!. Progresará maravillosamente la especie humana; se realizarán las más fecundas transformaciones. Junto a un balcón, en una ciudad, en una casa, siempre habrá un hombre con la cabeza, meditadora y triste, reclinada en la mano. No le podrán quitar el dolorido sentir”. En Bodas de Sangre⁴³ de F. G. Lorca se ve la mezcla de dolor y de rabia ante el homicidio de sus hijos y el deseo de venganza reprimido, cuando la madre exclama: “... me duele hasta la punta de las venas. En la frente de todos ellos yo no veo más que la mano con que mataron a lo que era mío. ¿Tu me ves a mí? ¿No te parezco loca?. Pues estoy loca de no haber gritado todo lo que mi pecho necesita”.

Pérdida de interés por el mundo exterior lo encontramos en la ya citada, La Cansera³⁸ de V. Medina, donde el entorno exterior se vive impregnado de tristeza y desolación, existiendo algunos elementos o lugares del entorno que la concentran al asociarse a la pérdida: “-¿Pa qué quies que vaya? Pa ver cuatro espigas/arrollás y pegás a la tierra;/pa ver los sarmientos ruines y mustios/y esnúas las cepas/sin un grano d’uva/ni tampoco siquía sombra de ella...;/pa ver el barranco/pa ver la laera/sin una matuja...¡Pa

ver que sé envisten/de pelás las peñas!.../..../
No de d'ir, por mi gusto, si en cruz me lo ruegas,
/por esa sendica por ande se jueron,/pa no volver nunca,
tantas cosas güenas...Esperanzas, quereres, suores...
¡jto se jue por ella!/Por esa sendica se marchó aquel hijo/
que murió en la guerra/Por esa sendica sé jué la alegría.../¡por esa sendica vinieron las penas!/. En Roman-cero y cancionero de ausencia⁴⁴ de M. Hernández “Desde que tú eres ido son frías las mañanas/arrancados al fuego de tus ojos solares/precipitaste octubre contra nuestras ventanas/distepaso al otoño y al fondo de los mares/”. En Mortal y rosa²³ de F. Umbral “Tu muerte hijo mio, no ha ensombrecido el mundo. Ha sido un apagarse de luz en la luz. Y nosotros aquí, ensordecidos de tragedia, heridos de blancura mortalmente vivos diciéndoteTu pelo doraba la calidad del día. Lo que queda después de ti, hijo, es un universo fluctuante, sin consistencia,...una vaguedad nauseabunda de veranos e inviernos....¿Para quién se ha urdido esta inmensa mentira de meses soleados y campos verdes? El sol es sórdido y el día resplandece de puro inútil, alumbrado de puro vacío”. Lamartine afirma: “sólo un ser os falta y el mundo está despoblado”.

Deseos de morir encontramos en La vida nueva¹⁸ de Dante ya citada en el Cancionero¹⁹ de Petrarca: “Jamás me complació esta mortal vida/(lo sabe Amor con quien frecuente hablo)/a no ser por quien fue su luz y mía/que en el cielo nació muriendo en tierra/el alma en que vivía, y que seguirla/(permitido me fuera) es mi deseo/”. Pueden aparecer ante pérdidas diversas en el Romance de La derrota de D. Rodrigo⁴⁵: “¡Desdichada fue la hora/desdichado fue aquel día/en que nací y heredé/la tan grande señoría/pues lo había de perder/todo junto y en un día!/ Oh muerte ¿por qué no vienes/y llevas esta alma mía/de aqueste cuerpo mezquino/pues se te agradecería?/”.

El perder a alguien para el cual uno es el objeto de su amor o de su deseo. Pérdida del muerto como pérdida de las propias esperanzas, encontramos en cantos a Silvia⁴⁶ de Leopardi “... ¡Oh Silvia mía!/..../Cuándo me acuerdo de esperanza

tanta/un afecto me oprime/acerbo y desolado/y me vuelve a doler mi desventura/..../
También morían pronto/mis dulces esperanzas: a mis años/también negaba el hado/la juventud ¡Ay, cómo/cómo pasaste tu/amada amiga de mi edad primera/mi llorada esperanza/...”.

El *empobrecimiento del yo* se observa en la Elegía Primera²⁰ de Garcilaso “...el caro hermano buscas, que solo era/la mitad de tu alma, el cual muriendo/no quedara ya tu alma entera/”. En el Cancionero¹⁹ de Petrarca: “Ahora sé bien mis daños y en mi vuelvo/que yo creía (oh vanas convicciones)/perder parte, no todo, al separarme/¡Cómo se lleva el viento la esperanza!/. En El adiós⁴⁷ de Valente: “Explicó sus proyectos/para hoy/sus sueños para ayer/y sus deseos/para nunca jamás”.

A continuación se incidirá en la *fenomenología del desprendimiento y relación con los objetos del muerto*. El progresivo desprendimiento de los objetos del muerto, es parte de la elaboración del duelo. Según J. W. Worden⁴⁸, después de la muerte del deudo puede, investirse un objeto inanimado con un simbolismo que establece un vínculo entre la persona en duelo y el fallecido, estos objetos de vinculación actúan como un objeto transicional (y a menudo entorpecen la elaboración del duelo). Los objetos de vinculación son diferentes de los objetos que se guardan como recuerdos. La mayoría de las personas en duelo son conscientes de que han otorgado un simbolismo al objeto y también de algunos aspectos del mismo sin comprender quizás todo lo que simboliza; Volkan⁴⁹ cree que este tipo de objetos de vinculación se usan para controlar la ansiedad de separación y proporcionar una muestra de “triumfo” sobre la pérdida. Hallamos en Los hermanos Karamazov⁸ de F. Dostoievsky la reacción del padre ante una prenda de su hijo muerto en el siguiente texto “... vió ante la camita de Iliusha, en un rincón, las botas altas de su hijo una al lado de la otra, tal como acababa de colocarlas la dueña de la casa, aquellas botas viejas, desteñidas, rugosas, llenas de remiendos. Al verlas el capitán alzó los brazos y se lanzó hacia ellas, cayó de rodillas, cogió una

bota, se la acercó a los labios y se puso a besarla ávidamente gritando ¡“Pequeño mío, Ilushechka, mi querido pequeño! ¿dónde están ahora tus piececitos?”.

En *El embargo*⁵⁰ de Gabriel y Galán: “¡Pero a vel, señol juez; cuidadito/si alguno de esos/es osao de tocali a esa cama/donde ella s’a muerto/la camita donde yo la he querido/cuando dambos estábamos guenos/la camita donde yo la he cuidao/la camita donde estuvo su cuerpo/.../Llevaiselo to/to, menos eso/que esas mantas tienin/suol de su cuerpo/y me guelin, me guelin a ella/ca ves que las guelo/”. En ambos casos los objetos se sienten en una continuidad casi corporal con el inmediatamente fallecido.

En *Mrs Caldwell* habla con su hijo⁵¹ de C. J. Cela en el capítulo “Las zapatillas”, la madre, que habla con el hijo como si estuviese vivo, reconoce su muerte ante el encuentro súbito con un objeto de éste: “El otro día, Eliacim, revolviendo en el fondo de un baúl me encontré tus zapatillas de invierno, tus zapatillas azules forradas de piel. Aunque el hallazgo, hijo mío, no me agradó nada o casi nada, procuré sobreponerme y se las regalé a un pobre que suele venir por casa, de vez en cuando a pedir limosna. (Me siento invadida de un raro sosiego, que no sé de qué podrá ser precursor). Lo único que yo te digo es ya nada me importa Eliacim, ya nada me importa absolutamente nada. Lo único que quiero es apartar de mí las zapatillas de los muertos, hijo mío, los muertos no necesitan para nada sus zapatillas, yo quiero apartar de mí las zapatillas de los muertos, Eliacim, aunque ese muerto seas tu, que estas muerto y más que muerto, yo lo sé, que estas muerto con todos tus compañeros del Furious, muerto en el verde y rojo fondo de la mar, hijo mío, y te dejaste las zapatillas olvidadas en casa de tu madre, en el fondo de un baúl, ¡qué sarcasmo!, sin pararte a pensar más que en ti, más que en tus zapatillas azules”. El progresivo desprendimiento de los objetos del muerto es parte de la elaboración del duelo, el poder ir desinvirtiendo unos objetos relacionados con el muerto y reinvirtiéndolos otros ajenos a él.

En *Teatro de la muñeca*⁵² de C. Queiros: “...a la niña le gustaba locamente la muñeca/a la muñeca, no se sabe si le gustaba la niña/pero la niña se murió/la muñeca siguió allí/... /y la muñeca no cabe en ningún cajón/.../la muñeca es mayor que la presencia de todas las cosas/la muñeca está en todas partes/Hay que esconder la muñeca/Hay que hacer desaparecer para siempre a la muñeca/Hay que matar, hay que enterrar a la muñeca/...”. El objeto del muerto lo llena todo y hay que deshacerse de ese objeto. Es una presencia ausente. Hay una falta de relación entre el objeto perdido (niño) y el objeto inanimado. Al morir el niño queda el objeto pero sin la relación con el niño, dicho objeto se agiganta hasta adquirir un carácter siniestro (en el sentido freudiano de “lo muerto vivo”). Este fenómeno que se puede observar en otro tipo de duelos se ve más en el duelo por los niños debido al investimento que los objetos tienen en ellos.

En *La lluvia amarilla*³⁴ de Llamazares, el marido habla de la soga con la que se suicidó la esposa “Fué el único recuerdo que conservé de ella. Todavía la llevo, atada a la cintura desde entonces. Y espero que ese día, cuando vengán a buscarme, me acompañe también con el resto de la ropa al cementerio. Lo demás –los retratos, las cartas, las fotografías– está todo allí esperándome desde hace mucho tiempo”.

En *La calle de las camelias*⁵³ de M. Rodoreda, en un aborto voluntario en el que la mujer no ha podido ver el feto, intenta elaborar el duelo de lo que no llegó a ser, a través de un objeto aleatorio en el que hay un intento de reparación o de imaginar un lugar para el feto perdido: “Me fuí por allí y no vi ninguna piedra grande junto a otra piedra pequeña, pero cogí una piedrecilla cualquiera y me la metí en el bolso”.

La *herencia* tiene el carácter paradójico de ser la ganancia tras la pérdida y de transmitir algo perdurable del difunto que puede relacionarse con el afecto. Suscita una mezcla de sentimientos, intereses y actitudes o conflictos que reflejan los textos literarios, Cervantes resalta breve y magistralmente su aspecto paradójico, al final

de su obra cumbre, tras el testamento, ante la muerte inminente de don Quijote, a pesar de la tristeza del momento⁵⁴: “Andaba la casa alborotada; pero con todo comía la sobrina, brindaba el ama y se regocijaba Sancho Panza; que ésto del heredar algo borra o templea en el heredero la memoria de la pena que es razón que deje el muerto”.

Tipos de vínculos

Una aportación crucial desde el punto de vista clínico es El Libro Segundo de Samuel de la Biblia¹⁴, referido a la Historia de David, en la que aparecen diversos duelos y los diversos tipos de vínculos y a los que reacciona de manera diferente en su expresión, ritual, verbal y emocional, en relación con el carácter del vínculo con la persona perdida.

Se puede pensar que David tenía un vínculo ambivalente con Saúl y sexualizado con una mínima ambivalencia con Jonatán, hijo de Saúl y amigo suyo. Al recibir la noticia de su muerte, hace un intento de reparación (estaba en guerra con ellos): “David se rasgó las vestiduras, y todos los que estaban con él hicieron lo mismo. Se lamentaron, lloraron y ayunaron hasta la tarde por Saúl”. En la Elegía de David por Saúl y Jonatán dice: “Saúl y Jonatán/tan queridos y amados/no fueron separados/ni en la vida ni en la muerte/Más veloces que águilas, /más fuertes que leones/hijas de Israel, llorad sobre Saúl/que os vestía de escarlata/y de fino lino/y adornaba con oro vuestros vestidos/¡ Jonatán!, en tu muerte/he quedado sin consuelo/estoy angustiado por ti/hermano mío, Jonatán/amigo queridísimo; /tu amor era para mí más dulce/que el amor de mujeres/”.

La dificultad de resolver, o la persistencia del duelo, cuando existen elementos homosexuales inconscientes o preconcientes, se puede entrever en el ejemplo de David tras la muerte de Jonatán; tiempo después logró encontrar al hijo de éste llamado Mica que era cojo, le colmó de bienes y le puso a comer en su mesa durante largo tiempo. Otro caso es el vínculo paterno filial a la muerte de un niño pequeño al que tiene gran afecto pero es fruto del adulte-

rio, por el que se sentía culpable: “...y enfermó gravemente David suplicó a Dios por el niño; hizo David un ayuno riguroso, entraba en casa y pasaba la noche acostado en el suelo”. Después de esta reacción previa tan intensa, tras la muerte del niño los ancianos observan extrañados que se ha tranquilizado contrariamente a lo que esperaban, David se levanta, se lava, se cambia los vestidos, se postra ante Yahvé y vuelve a comer. Él les explica: “...cuando todavía vivía el niño ayuné y lloré, pues me decía: ¿Quién sabe si Yahvé tendrá compasión de mí y el niño vivirá?. Pero ahora que ha muerto ¿por qué he de ayunar? ¿Podré hacer que vuelva?. Yo iré hacia él, pero él no volverá hacia mí. David consoló a Betsabé”. El ejemplo algo desconcertante muestra cómo se puede aceptar, elaborar la muerte superando la culpa, y sin embargo no negar el dolor. En todos los duelos de David se puede observar que tiende a una buena elaboración, a pesar de los múltiples aspectos problemáticos del vínculo, que podemos interpretar está en relación con la primacía del amor sobre el odio y lo destructivo, con una gran fortaleza yoica.

Esto se ilustra mejor todavía en los siguientes casos, ante la muerte de sus hijos Amnón y Absalón, que entrañan una compleja mezcla de sentimientos de amor odio. A la muerte del hijo primogénito de David, Amnón a manos de su hermano Absalón (Amnón había violado incestuosamente a Tamar hermana de Absalón): “..., entraron los hijos del rey y lloraron a voz en grito. También el rey y todos los servidores se echaron a llorar con gran llanto. Absalón huyó ... ; y el rey lloraba todos los días por su hijo. Absalón, por su parte, había huido ... tres años. La cólera del rey David contra Absalón se calmó finalmente porque se había consolado ya de la muerte de Amnón”. Tras la muerte de su hijo Absalón también amado y quizá muy admirado aunque le quitó el reino a su padre, yació con sus concubinas e intentó asesinarlo: “...el rey se estremeció. Subió a la estancia que había encima de la puerta y rompió a llorar. Decía mientras caminaba ¡Hijo mío Absalón; hijo mío, hijo mío Absalón! Quién debiera haber muerto en tu lugar, Absalón, hijo mío, hijo mío”. Aquí el dolor es tan

grande que no se nos informa de ninguna manifestación ritualizada sino de la pura expresión de ésta, y del lamento continuo que dirige al hijo a pesar de su pésimo comportamiento, del que parece haber una negación. Hay una idealización de los seres perdidos en todos estos casos.

Yendo a la literatura moderna encontramos, un buen ejemplo de vínculo ambivalente en *Cinco horas con Mario*⁵⁵ de M. Delibes, la esposa habla con el marido muerto durante el velatorio: "...con la mano en el corazón, Mario ¿crees tu que habría muchas mujeres que hubieran aguantado este calvario?. Te digo mi verdad, pero el que no lo reconozcas es lo que peor llevo, que en veintitrés años de matrimonio que se dice pronto, no hayas tenido ni una sola palabra de gratitud...".

Elaboración del duelo

Encontramos una magnífica descripción de elaboración del duelo en *Tus ojos*⁵⁶ de A. Machado: primero se da un parón del tiempo y un refugio en el recuerdo: "Cuándo murió su amada/pensó en hacerse viejo/en la mansión cerrada/solo, con su memoria y el espejo/donde ella se miraba un claro día./.../Ya el tiempo para él no correría./". Sigue, más tarde la difuminación del recuerdo y la angustia por su imprecisión: "/Mas pasado el primer aniversario,/¿Cómo eran -pregunto- pardos o negros/sus ojos? ¿Glaucos?... ¿Grisas?/¿Cómo eran, ¡Santo Dios! Que no recuerdo?"/". Por fin la evocación de lo perdido surge en medio del inevitable devenir de la vida: "Salió a la calle un día y paseó en silencio/su doble luto, el corazón cerrado.../De una ventana en el sombrío hueco/vio unos ojos brillar. Bajó los suyos/y siguió su camino...¡Como ésos!"/". En *Campos de Castilla*⁵⁷ aparece la persistencia del recuerdo de la fallecida fundido con la observación del presente, la internalización de aspectos que favorecen la elaboración del duelo, en los versos dedicados a su esposa: "...No todo/se lo ha tragado la tierra./¿No ves Leonor, los álamos del río/con sus ramajes yertos?/Mira el Moncayo azul y blanco; dame/tu mano y paseemos/Por estos campos de la tierra mía, /borda-

dos de olivares polvorientos/voy caminando solo/triste, cansado, pensativo y viejo. /Sentí tu mano en la mía/tu mano de compañera/tu voz de niña en mi oído/como una campana nueva/como una campana virgen/de un alba de primavera/¡Eran tu voz y tus manos/en sueños tan verdaderas!/vive esperanza ¡quién sabe/lo que se traga la tierra!/"

En *La muerte de Ivan Ilich*⁵⁸ de Tolstoi la viuda dice: "...considero que es afectación decir que la pena me impide ocuparme de asuntos prácticos. Al contrario si algo puede...no digo consolarme sino distraerme, es lo concerniente a él", sirve para resaltar el valor terapéutico de los aspectos prácticos de la vida, que podrían estar en relación con el fallecido.

En *Siddhartha*⁵⁹ de H. Hesse encontramos como el padre ayuda al hijo en la elaboración del duelo de la madre y en la recuperación de la relación paterna, antes distante, respeta su dolor, así cómo la dificultad ante el cambio tras la pérdida dando un tiempo para que este cambio pueda ser aceptado. Es un modelo de actitud favorable: "Comprendió Siddhartha que ése niño triste y mimado no podía de buenas a primeras sentirse contento y animoso en la miseria de aquel ambiente. Por eso no le obligaba a nada, le hacía muchas de sus tareas y le reservaba siempre los mejores bocados. Esperaba que, a la larga, su amable paciencia acabaría conquistándolo". También encontramos un intento reparador y de continuidad de la vida en la vinculación de un embarazo en duelo en *Lo raro es vivir*⁶⁰ de C. Martín Gaité: "Tu abuelo ha muerto- dijo entonces. Acaba de llamar al médico que lo atiende. Vienes de allí ¿no?... aquella misma noche me quedé embarazada.

El recuerdo es importante en la elaboración del duelo, pero supone tener cierta capacidad de olvido en una evolución satisfactoria. Este olvido no sucede o se borra a veces, en *La lluvia amarilla*³⁴ de Llamazares dice: "A veces uno cree que todo lo ha olvidado. Pero basta un sonido, un olor, un tacto repentino e inesperado para que, de repente el aluvión del tiempo caiga sin compasión sobre nosotros y la memoria se ilumine con el brillo y la rabia de un relámpago. Aque-

lla noche además el recuerdo estaba en carne viva. O mejor ni siquiera era recuerdo todavía, sino la sucesión interminable de una imagen que seguía habitando en mi mirada". En *Mujer de muerte*⁶¹ de El retorno de J. A. Goytisolo se añora lo que no llegó a ser de una relación: "Lo que tú hubieras sido/ha quedado en el aire/perdido para el tiempo/Las cosas que no hiciste las canciones/que nunca cantarás/los días nuevos/que te correspondían/los deseos/la rueda de las voces abiertas en tu oído/toda tu larga sombra proyectada al futuro/.../¡Ah lo que hubiera sido!/".

En el *Libro de mi madre*⁶² de A. Cohen apreciamos la añoranza de la protección de una madre que ha muerto y la imposibilidad de rescatarla.

En Séneca en La epístola moral a Lucilio⁶³ y De la consolación¹ a Polibio (hermano fallecido), hay muchas ideas de intención terapéutica sobre el duelo que están dentro del pensamiento estoico, muy racionalizadas. De este último señalaremos algunas como la de que debe de haber un dolor necesario pero al que hay que poner límite: "Corran las lágrimas pero tenga fin la corriente. Salgan gemidos de lo profundo del pecho, pero también tengan límite, gobierna tu ánimo...", la del recuerdo positivo y agradable del muerto, incorporando los aspectos buenos de éste: "Que su memoria te sea agradable y no dolorosa, porque es cosa natural huir siempre de aquéllo que va con la tristeza... cuenta a todos sus dichos, celebra sus hechos acordándote de ellos. Acuérdate qué fue y lo que se esperaba que habría de ser"; la de que el dolor no aprovecha al muerto: "¿De qué pues sirve que te consuma el dolor que tu mismo hermano (si es que en los difuntos hay sentidos) desea que se acabe". Indica la importancia de dedicarse a las cosas prácticas porque en el hueco o en el vacío está el dolor y señala que éstas actúan a modo de terapia ocupacional: "Cuando te recoges en tu casa es el tiempo en que podrás tener la tristeza...Gozando de la ocasión, pondrá el dolor acechanzas a tu soledad y poco a poco entrará en tu ánimo encontrándolo desocupado. Conviene pues, que no permitas estar tiempo alguno apartado de los

estudios,..." También recomienda Séneca la incorporación de los ideales del muerto y la continuidad de su obra como aparece al principio de este trabajo.

Características específicas de algunos duelos

Hay duelos que presentan unas características específicas en función de la relación y de diversos factores o circunstancias muy importantes es el *duelo por los niños y los hijos*.

En la novela *Fiesta al Noroeste*⁶⁴ de A. M. Matute se relata la reacción y actuación de *un padre a la muerte de su hijo, aún niño*: "Pedro Cruz, con un grito salvaje de pastor, les hacía huir a pedradas- ¡Os, os, os! aullaba. Y una lágrima se le caía, porque él no tenía más niños en casa. Metieron al niño en una caja de madera y le clavaron la tapa... el niño de Pedro Cruz aún no había cumplido los siete años. Era costumbre echar tierra, una vez dentro de la fosa. Pero el cura nuevo aún no estaba acostumbrado y no pudo evitar un paso atrás ante la avalancha de niños que con un goce violento empezaron a arrancar terrones del suelo y arrojarlos. Tampoco Pedro Cruz estaba acostumbrado, porque pasaba su vida en la montaña, y volvió a gritar ¡Os, os, os!. Luego con la cabeza baja, dio una brusca media vuelta, y echando a correr abandonó el entierro de su hijo. Atravesó la verja del campo y como un loco corría, corría". Vemos aquí, en un hombre primitivo que vive prácticamente aislado, la desesperación brutal, la huida, la imposibilidad de aceptar o comprender la muerte de un hijo. Asimismo se describe la reacción de unos niños que a través del juego, del goce e incluso del sadismo, hacen una negación emocional del fallecimiento del compañero, intentando con la propia vitalidad un triunfo maniaco sobre la muerte.

Una reflexión sobre *la muerte de un hijo pequeño* está con multitud de matices, en el poema *A la muerte de Carlos Félix*⁶⁵ de Lope de Vega: Comienza con la aceptación de los designios divinos, como un sacrificio, quizá, como una expiación de la culpa. "Y vos dichoso niño, que en siete años/que tuviste de vida, no tuviste/

con vuestro padre inobediencia alguna/.../no diste sola una hora de disgusto, y agora parece que le dais, sí así se llama/lo que es pena y dolor de parte nuestra/pues no es la culpa, aunque es la causa, vuestra/...”, se aprecia la mínima ambivalencia aunque es inevitable el sentimiento de abandono. “...Yo para vos los pajarillos nuevos/diversos en el canto y los colores/yo plantaba los fértiles renuevos/...”, el hijo renueva para el padre los deseos que la muerte truncó. “¡dichoso yo que os veo/donde está mi deseo/y donde no tocó pesar, ni puede; /que sólo con el bien de tal memoria/toda la pena me trocáis en gloria!/-/sin noche, sin mañana/sin vejez siempre enferma/que hasta el sueño fastidia/sin que la fiera envidia/de la virtud a los umbrales duerma/...”, en estos versos se intenta el consuelo en pensar que la muerte preserva al niño del mal, de los aspectos negativos de la vida, así como de una futura separación del padre de su hijo. En las estrofas que siguen hay una idealización y exaltación de la infancia, ya perenne en el recuerdo, el niño es incorporado a él intentando superar el abandono. “-/que, a pesar de la sangre que procura/cubrir de noche oscura/la luz desta memoria/viváis vos en la mía/...”. Cuando la generación que se pierde es la filial, puede haber una incorporación sin separación que protege idealmente de la separación futura que se hubiera dado en otro caso.

Mallarmé⁶⁶ dedica un poema a su hijo Anatole muerto a la edad de ocho años este poema resume el drama de la anulación de la vida que la pareja ha engendrado. Un poema paralelo se encuentra en M. Hernández en *Hijo de la luz y de la sombra*⁴⁴, que refleja la ausencia tras la muerte de su *hijo aún lactante*: “Los muertos, con un fuego congelado que abrasa/laten junto a los vivos de una manera terca. /Viene a ocupar el hijo los campos y la casa/que tú y yo abandonamos quedándonos muy cerca/con el amor acuestas, dormidos y despiertos, /Seguiremos besándonos en el hijo profundo./Besándonos tú y yo se besan nuestros muertos/se besan los primeros pobladores del mundo”. La muerte de un hijo produce una gran conmoción en la pareja que puede unirla o separarla o aumentar su amor, superando las expectativas

perdidas, internalizarlas y seguir adelante con la memoria incorporada del niño muerto. No se puede dejar de señalar que aquí, como ocurre muchas veces en la literatura, se da un exceso de idealización y una retórica de los sentimientos. En la clínica se ve también el caso contrario de parejas que se rompen como efecto del duelo por un hijo.

En *La Celestina*⁶⁷ de F. de Rojas, se describe la reacción del padre de Melibea tras el suicidio de ésta. Se reseña la pérdida de ilusiones, esperanzas, deseos, desvelos y, en general, de todo lo que se deposita en el hijo.

En *Bodas de Sangre*⁴³ de F. G. Lorca, la madre, después de la muerte violenta de su segundo hijo exclama: “He de estar serena. Porque vendrán las vecinas y no quiero que me vean tan pobre ¡Tan pobre!. Una mujer que no tiene un hijo siquiera que llevarse a los labios”, destaca el empobrecimiento y la pérdida narcisista de la madre.

En los duelos de *los abuelos por los nietos* como en el de Hécuba en *Las Troyanas*⁶⁸ de Eurípides, vemos la idea de la dificultad de asumir la contradicción de que muera aquél del que se esperaba que fuera la continuación de uno mismo, en un futuro que ella ya no va a ver pues siente cercana la propia muerte. Dice Hécuba: “¡Perciste! Me engañabas, cuando agarrado a mis vestidos me decías así ¡Oh madre yo cortaré para ti muchos rizos de mis cabellos y llevaré muchos niños a tu sepultura y te diré palabras que te complazcan. No tú a mí que a pesar de tu edad infantil yo anciana desterrada, sin hijos te sepulto ¡Oh mísero cadáver! Ay de mí, aquellos ósculos innumerables y mis desvelos en criarte y mis interrumpidos sueños, todo eso fue inútil!”.

En *Almacén de antigüedades*⁶⁹ en el capítulo Su tumba de Dickens, tenemos otro duelo de *un anciano por su nieta* en el que narra la muerte de ésta, el intento que hacen todos por ocultársela y ya conocida el centramiento del abuelo en el recuerdo y por fin la identificación del abuelo con la niña que le lleva a su propia muerte: “La última vez que fue al cementerio era un día espléndido de primavera; al llegar la

hora de costumbre y ver que no volvía, fueron a buscarle y le hallaron muerto sobre la sepultura”.

En el duelo por *adolescentes* resalta el duelo por la belleza, el ideal, la exaltación de lo que se pierde por aspectos identificatorios con el que muere en el esplendor y en la plenitud de la vida. Todo esto lo encontramos en Epitafios⁷⁰ de M. A. Buonarroti: “De Cechín Bracci, que aquí muerto yace, /su esplendor era el ser de nuestra vida. /Quién no lo vió no pierde y vive en paz; /la vida pierde quien lo vió y no muere/”. También en la Elegía del niño marinero⁷¹ de R. Alberti: “.../Te fuiste, marinerito/en una noche lunada, /¡tan alegre, tan bonito, /cantando, a la mar salada/.../¡Ay mi niño marinero, /tan morenito y galán, /tan guapo y tan pinturero, /más puro y bueno que el pan!”.

Los duelos en la adolescencia transforman al joven en adulto que toma conciencia de su avance en el paso de las generaciones. Este es el argumento de muchas obras literarias como Las dunas de Indonesia⁷² de A. Van Dis: “Pero Arán me recordaba demasiado los días de la muerte de mi padre y mi propia transformación de muchacho en hombre. Yo tenía once años cuando perdí a mi padre, no lo vi morir, a mi madre le parecía que era demasiado joven para ir al hospital”.

Un tipo de duelo particular lo constituye el *duelo por los animales*, en El Quijote⁵⁴, Sancho se enfrenta a la pérdida de su burro en Sierra Morena: “Viéndose sin él, comenzó a hacer el más triste y doloroso llanto del mundo y fue de tal manera que D. Quijote despertó a las voces y oyó que ellas decían: ¡Oh hijo de mis entrañas, nacido en mi misma casa, brinco de mis hijos, regalo de mi mujer, envidia de mis vecinos, alivio de mis cargas, y finalmente sustento de la mitad de mi persona porque veintiséis maravédises que ganaba yo cada día mediaba yo en mi despensa”. El carácter algo desmedido de los lamentos aparece a veces también en la clínica. En Platero y Yo⁷³ de J. R. Jiménez se describe con gran ternura la estampa de un burrito, su muerte, la visita a su sepultura: “...Esta tarde he ido con los niños a visitar

la sepultura de Platero, que está en el huerto de Las Piñas, al pie del pino redondo y paternal ¡Platero amigo! Le dije yo a la tierra: si como pienso estás ahora en un prado del cielo y llevas sobre tu lomo peludo a los ángeles adolescentes ¿me habrás quizás olvidado?”. Idénticos sentimientos de ternura y nostalgia suave hay en el poema Epitafio a una perrita llamada Armelinda⁷⁴ de J. A. Porcel: “Bajo este jazmín yace Armelinda/perrita toda blanca, toda linda/delicias de su ama/que aún hoy la llora, llórala su cama/la llora el suelto ovillo/como el arrebujado papelillo/con que jugaba;...”. En Al final⁷⁵ de V. Wolf describe arrebatación de la muerte del viejo perro Flush: Flush se va haciendo viejo, y relata como vuelve para consolar a su dueña y morir a su lado. En Conversaciones con Troilo⁷⁶ A. Gala le dedica el libro a su perro. Charles Dudley Warnes⁷⁷ narra la vejez y muerte del gato Calvino. En La casa decimotercera⁷⁸ de A. Zameenzad la dedicatoria es para su gata Hilary: “Para Hilary/Cuando el mundo me cerró la puerta/ella entró por la gatera y me ayudó a vivir/Era difícil trabajar cuando ella se sentaba sobre la máquina de escribir. /Ahora que ya no está, es aún más difícil/Con gratitud, amor y pena”. Stern en su trabajo sobre “Elementos psicológicos del apego a los animales domésticos y respuesta a su pérdida”⁷⁹ afirma que las actitudes hacia los animales domésticos están gobernadas por imposiciones filosóficas y morales sobre la naturaleza de la vida y la muerte y de los roles que los humanos adjudicamos al animal, diferentes en cada caso. El aprecio al animal serviría para expresar las penas o el duelo de pérdidas del pasado o reafirmación de la continuidad de la vida. Al ser testigos de su ciclo vital, nacimiento y muerte, refuerza no sólo el milagro de la vida sino lo inevitable de la muerte. En los animales se puede proyectar todo, como ya hemos dicho se pueden proyectar otros duelos. También en los duelos por animales existe escasa o nula ambivalencia ya que la relación no es recíproca. Se ha observado que personas con excesiva rigidez afectiva frente a la muerte por vejez de sus amigos cambiaban enormemente ante la muerte de su animal de compañía. En muchos casos el animal era considerado la personificación del optimismo o del pa-

rentesco y su muerte era seguida de desesperación y aislamiento. En cualquier caso nunca está claro lo que se ha perdido dependiendo de los distintos roles que desempeñaba el animal, sólo tiempo después puede valorarse esta pérdida. La realidad clínica es que los duelos por los animales aunque llegan a ser intensos son más pasajeros.

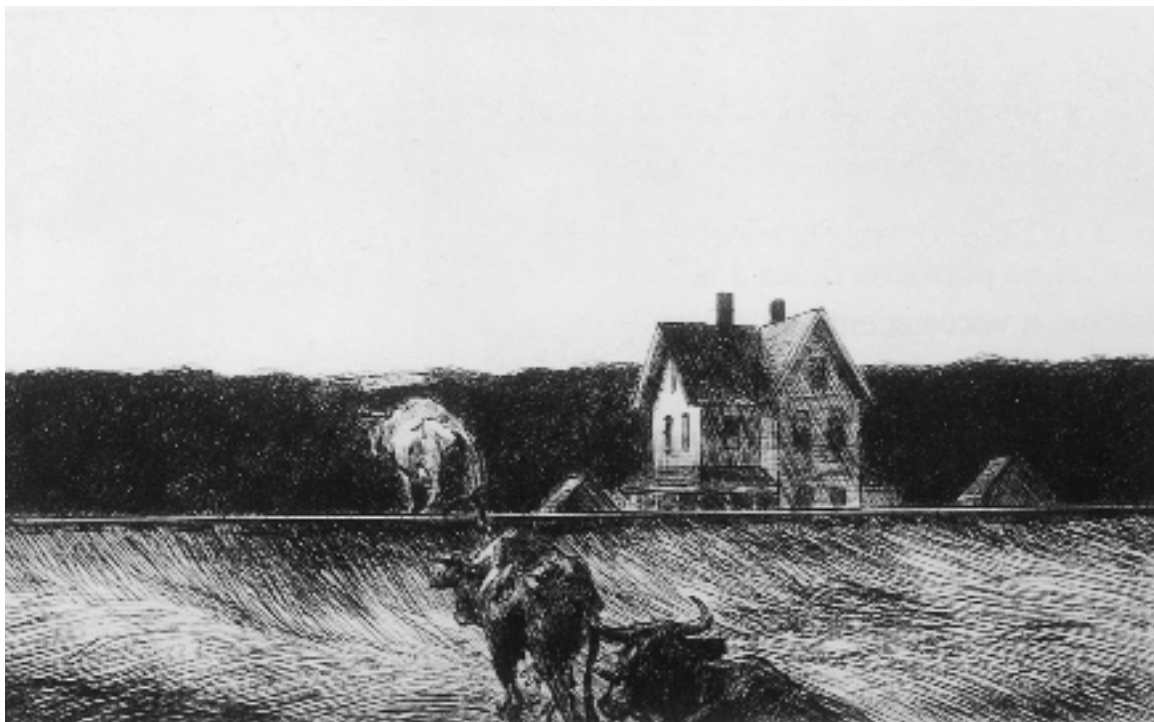
El artificio literario muestra a través del duelo que hacen o se atribuye a los animales aspectos psicológicos diversos. Así, algún aspecto del duelo en la *viudedad* como el no querer hallar consuelo, no tener otro amor, o a no tener hijos con otra persona aparecen ilustradas en base a la observación de las conductas de la tortolita viuda que remueve y enturbia el agua antes de beberla, en el romance Fontefrida⁸⁰: “Fontefrida, Fontefrida/Fontefrida y con amor/do todas las avecidas/van a tomar consolación/si no es la tortolica/que está viuda y con dolor/...”. Son muchísimos los escritos sobre la viudedad entre ellos los siguientes. En el romance La muerte ocultada³⁶ una viuda que recientemente ha tenido un hijo, y que no sabía de la muerte de su marido, al enterarse exclama: “¡Desgraciado de mi hijo/en mal hora lo paría!/que por la desgracia suya/hijo sin padre sería”. En La plaza del diamante³⁵ de M. Rodereda, cuando muere su marido en la guerra la viuda dice: “Por la noche si me despertaba me sentía por dentro como una casa cuando vienen los hombres de la mudanza y lo sacan todo de su sitio. Así estaba yo por dentro: con los armarios en el recibidor y las sillas patas arriba y las tazas...”. Profunda mudanza muy importante en el duelo por las viudas, la mudanza en relación con la muerte, la zozobra que produce la mudanza.

Duelo anticipado y duelo por las etapas de la vida

El duelo anticipado puede darse por los otros o por uno mismo. En este caso estaría en relación con diversas causas: la certidumbre de la propia muerte vista de manera cercana (enfermedad incurable, edad avanzada), situaciones que han llevado al sujeto a concienciarse de ella, por el impacto emocional que suponen otras muertes

que presentifican la propia. Un ejemplo de duelo anticipado por uno mismo son las palabras que el emperador Adriano escribe ya moribundo a su “alma”: “Animula, vágula, blandula” a la que se refiere con ternura y nostalgia antes de desprenderse de ella; en Memorias de Adriano⁸¹ de M. Yourcenar: “Mínima alma mía, tierna y flotante, huésped y compañera de mi cuerpo, descenderás a esos parajes pálidos, rígidos y desnudos, donde habrás de renunciar a los juegos de antaño. Todavía un instante miremos juntos las riberas familiares, los objetos que sin duda no volveremos a ver... Tratemos de entrar en la muerte con los ojos abiertos”. Otro ejemplo lo constituye la novela de C. J. Cela, Pabellón de reposo⁸², que se desarrolla en un sanatorio de tuberculosos. Los últimos capítulos del Quijote⁵⁴, desde la derrota del protagonista en Barcelona hasta la vuelta y muerte en su lugar, constituyen una ilustración de asunción de la posición depresiva y de duelo anticipado en varias etapas progresivas: aceptar la derrota, renunciar al triunfo maniaco, pensar que no volverá a ver a Dulcinea (a partir del presagio de la liebre que escapa al llegar al pueblo) hasta la aceptación explícita del acabamiento de su vida anterior y de la inminencia del fin. Por otro lado siendo la muerte consustancial a la vida, es algo sobre lo que las personas pueden reflexionar, aunque siempre con una cierta negación sobre ella, como comenta Séneca¹: “A cada uno le engaña su credulidad y el olvido de la muerte en las cosas que ama”; es conocida la idea de este autor de acostumbrarse a la muerte como medio de vencer el miedo a ella. Otro ejemplo de duelo anticipado lo encontramos en Paula⁸³ de I. Allende: Paula, hija de la autora, que sufría de porfiria, entró en coma; la madre junto a su lecho, comenzó a redactar un cuadernillo en el que relataba su propia historia, la de su familia, la de su país; describe sus sentimientos ante la situación y evolución de Paula. Lo escribió para entregárselo tras su recuperación, que ella esperaba pero que nunca llegó. En citas anteriores de este trabajo hay más ejemplos de duelo anticipado por los otros, numerosísimos en las obras literarias.

La elaboración del duelo por los demás, supone haberlo hecho previamente por las propias



Paisaje americano
Edward Hopper, 1920

Aguafuerte

etapas anteriores de la vida. Esta idea se encuentra ya en el luto en Al-Andalus⁸⁴ de los poemas arabigoandaluces: “Si es blanco el color de los vestidos de luto en Al-Andalus, cosa justa es. ¿No me veis a mi, que me he vestido de las canas, porque estoy de luto por la juventud”. Es muy frecuente cantar la marcha de la juventud o la adolescencia. J. Gil de Biedma, en el poema A la muerte de J. Gil de Biedma⁸⁵ escribe: “Fue un verano feliz/.../El último verano/de nuestra juventud, dijiste a Juan/en Barcelona al regresar/nostálgicos,/y tenías razón. Luego vino el invierno,/el infierno de meses/y agonía/y la noche final de pastillas y alcohol/y vómito en la alfombra./Yo me salvé escribiendo/después de la muerte de Jaime Gil de Biedma”. Añade otros matices V. Aleixandre en el poema Adolescencia⁸⁶: “Vinieras y te fueras dulcemente,/de otro camino/a otro camino. Verte/y ya otra vez no verte. /Pasar por un puente a otro puente/–El pie breve,/la luz vencida alegre–./Muchacho que sería yo mirando/aguas abajo la corriente, y en el espejo

tu pasaje/fluir, desvanecerse”. En el primero hay una reacción ante una transición brusca, en el segundo ante un cambio más paulatino. En Elogio de la sombra⁸⁷ de J. L. Borges, se mezclan el duelo por las etapas o facultades de la vida perdidas (visión) con la elaboración, anticipada o no, de pérdidas de personas de su distanciamiento o ausencia. En las etapas avanzadas de la vida, las pérdidas, incluso futuras, ya han sido incorporadas y asumidas, pudiendo no ser decisiva la presencia o desaparición de hecho (cuando no afecta al propio equilibrio o el apoyo que el anciano necesita). “Vivo entre formas luminosas y vagas/que no son aún la tiniebla/.../Mis amigos no tienen cara/las mujeres son lo que fueron hace ya tantos años, /las esquinas pueden ser otras/no hay letras en las páginas de los libros/.../Del Sur, del Este, del Oeste, del Norte/convergen los caminos que me han traído/a mi secreto centro. /Esos caminos fueron ecos y pasos, /mujeres, hombres, agonías, resurrecciones, /días y noches/entre-sueños y sueños, /cada ínfimo instante del

ayer/y de los ayeres del mundo, /.../Ahora puedo olvidarlos. Llego a mi centro/a mi álgebra y a mi clave, /a mi espejo. /Pronto sabré quién soy/". Todo lo anterior aboca al duelo por uno mismo, que Borges concibe como fin de camino o autoencuentro; la misma idea que expresa Cervantes al final del Quijote.

Un efecto del duelo es el intento de transformarlo mediante las ideas de perduración, como dice Freud⁸⁸; ante el cadáver de la persona amada nacieron la teoría del alma y la creencia en la inmortalidad. Estas ideas alientan en las creencias religiosas y a lo largo de la literatura, unidas o no a lo religioso. Valga pensar en la obra de Unamuno y en numerosos poemas de Neruda en que concibe la perduración en el cosmos o en la colectividad humana⁸⁹: "Voy a vivir": Yo no voy a morirme. Salgo ahora/en este día llenos de volcanes./Aquí dejo arregladas las cosas/.../Aquí me quedo con palabras y pueblos y caminos/que me esperan de nuevo.../".

Correspondencia:

Pilar Pazos Pezzi. C. Velayos nº 6, 1º-A
28035. Madrid. Teléfono: 913736935.
Soledad García Eslava. C. Jardinillos, 5, 1º
23003. Jaén. Teléfono.: 953265463

Bibliografía

1. Séneca. Los siete libros de la sabiduría. De consolación. Barcelona: Edicomunicaciones; 1999.
2. Biblia de Jerusalén: Los libros sapienciales. Eclesiástico. Bilbao: Desclée De Brouwer; 1999.
3. Homero: La Iliada. Madrid: Cátedra; 1997.
4. Virgilio: La Eneida. Madrid: Cátedra; 1995.
5. Freud S. Consideraciones sobre la guerra y la muerte. Obras Completas, vol II. Madrid: Biblioteca Nueva; 1973.p.2116.
6. Eurípides. Las suplicantes. Tragedias, vol II. Madrid: Cátedra; 1999.
7. Sófocles. Antígona. Madrid: Planeta Agostini; 1995.
8. Dostoievsky F. Los hermanos Karamazov. Madrid: Cátedra; 1998.
9. Dostoievsky F. Crimen y Castigo. Madrid: Cátedra; 1998.
10. Bécquer GA. Rimas. Madrid: Cátedra; 1997.
11. Campoamor R. Dolores y Cantares. Antología Cátedra de poesía de las letras Hispánicas. Madrid: Cátedra; 1998.
12. García Lorca F. La Casa de Bernarda Alba. Madrid: Meytel; 1996.
13. Valente JA. El funeral. Entrada en materia. Madrid: Cátedra; 1989.
14. Biblia de Jerusalén: Los libros históricos: El libro segundo de Samuel. Bilbao: Desclée De Brouwer; 1999.
15. Esquilo. Tragedias. Agamenón. Buenos Aires: Losada; 1964.
16. Anónimo. El Cantar de los Nibelungos. Madrid: Cátedra; 1998.
17. Anónimo. El Cantar de Roldán. Madrid: Cátedra; 1997.
18. Dante. La vida nueva. Barcelona: Bosch; 1988.
19. Petrarca. Cancionero. Tomo II. Madrid: Cátedra; 1999.
20. Garcilaso de La Vega. Elegía primera. Poesía castellana completa. Madrid: Cátedra; 1997.
21. Shakespeare W. Romeo y Julieta. Madrid: Libra; 1970.
22. Lawrence. Mujeres enamoradas. Madrid: Cátedra; 1988.
23. Umbral F. Mortal y rosa. Madrid: Cátedra; 1995.
24. Fredriksson M. Las hijas de Hanna. Barcelona: Emece; 1998.
25. De Mena J. Laberinto de fortuna. Madrid: Cátedra; 1996.
26. Balzac H. El tío Goriot. Madrid: Cátedra; 1985.
27. Flaubert. Salambó. Barcelona: Edhasa; 1996.
28. Shiller. Don Carlos. Madrid: Cátedra; 1996.
29. Manrique J. Coplas a la muerte de su padre. Madrid: Cátedra; 1989.
30. Arcipreste de Hita. El libro del buen amor. Madrid: Cátedra; 1998.
31. Mann T. La montaña mágica. Barcelona: Plaza y Janés; 1984.
32. Alberti R. Sobre los ángeles. Madrid: Cátedra; 1998.

33. Cunningham. *Las horas*. Barcelona: Muchnik; 1999.
34. Llamazares. *La lluvia amarilla*. Barcelona: Seix Barral; 1988.
35. Rodoreda M. *La plaza del diamante*. Barcelona: Edhasa; 1998.
36. Anónimo. *La muerte ocultada*. *Romance-ro viejo*. Madrid: Cátedra; 1995.
37. Dumas A. *La dama de las camelias*. Madrid: Libra; 1970.
38. Medina V. *La Cansera*. *Las mejores poesías de la lengua castellana*. Madrid: Edimat; 1998.
39. Sófocles. *Edipo Rey*. Madrid: Cátedra.
40. Anónimo. *La Pérdida de Alhama*. *Romancero Viejo*. Madrid: Cátedra; 1995.
41. Garcilaso de la Vega. *Égloga de Salicio y Nemoroso*. *Poesía castellana completa*. Madrid: Cátedra; 1997.
42. Azorín. *Los Pueblos*. Barcelona: Planeta; 1986.
43. García Lorca F. *Bodas de sangre*. Madrid: Cátedra; 1997.
44. Hernández M. *Romancero y cancionero de ausencia*. Madrid. Cátedra. 1995.
45. Anónimo. *La derrota de D. Rodrigo*. *Romancero viejo*. Madrid: Cátedra; 1995.
46. Leopardi. *Cantos a Silvia*. Madrid: Cátedra; 1998.
47. Valente JA. *El adiós*. *Entrada en emateria*. Madrid: Cátedra; 1989.
48. Worden JW. *El tratamiento del duelo: Ase-soramiento psicológico y terapéutico*. Barcelona: Paidós; 1997.
49. Volkan JW. *Complicated mourning*. *Ann Psychoanalysis* 1985, 12: 323-48.
50. Gabriel y Galán. *El embargo*. *Las mejores poesías de la lengua castellana*. Madrid: Edimat; 1998.
51. Cela. *Mrs. Caldwell habla con su hijo*. Barcelona: Ediciones Destino; 1989.
52. Queiros C. *Antología de la poesía portu-guesa contemporánea Tomo I*. Madrid: Jucar; 1981.
53. Rodoreda M. *La calle de las camelias*. Barcelona: Bruguera; 1982.
54. Cervantes M. *El Quijote*. Barcelona: Crítica; 1998.
55. Delibes M. *Cinco horas con Mario*. Barcelona: Ediciones Destino; 1985.
56. Machado A. *Tus ojos*. *Proverbios y Canta-res*. *Poesía completa*. Madrid: Austral; 1999.
57. Machado A. *Campos de Castilla*. *Poesía Completa*. Madrid: Austral; 1999.
58. Tolstoi. *La muerte de Ivan Ilich*. Barcelona: Bruguera; 1983.
59. Hesse H. *Siddhartha*. Barcelona: Bruguera; 1984.
60. Martín Gaité C. *Lo raro es vivir*. Madrid: Anagrama; 1998.
61. Goytisolo JA. *El retorno*. Madrid: Cátedra; 1999.
62. Cohen A. *El libro de mi madre*. Barcelona: Anagrama; 1996.
63. Séneca. *Cartas a Lucilio*. Barcelona: Juventud; 1982.
64. Matute AM. *Fiesta al noroeste*. Madrid: Cátedra; 1998.
65. Lope de Vega. *A la muerte de Carlos Félix*. Barcelona: Edicomunicaciones; 1994.
66. Mallarme. *Cien años de Mallarme*. Tarragona: Igitur; 1998.
67. De Rojas F. *La Celestina*. Navarra: Salvat; 1986.
68. Eurípides. *Las Troyanas*. *Tragedias*, vol II. Madrid: Cátedra; 1999.
69. Dickens. *Almacén de antigüedades*. Bilbao: Club internacional del libro; 1989.
70. Buonarroti MA. *Epitafios*. Barcelona: Dvp Poesía; 1997.
71. Alberti R. *Marinero en tierra*. Barcelona: Óptica; 1998.
72. Van Dis A. *Las dunas de Indonesia*. Madrid: Maeva; 1999.
73. Jiménez JR. *Platero y yo*. Madrid: Alianza; 1985.
74. Porcel JA. *Epitafio a una perrita llamada Armelida*. *Las mejores poesías de la lengua castellana*. Madrid: Edimat; 1998.
75. Wolf V. *Las mejores historias de perros*. Madrid: Siruela; 1997.
76. Gala A. *Conversaciones Con Troilo*.
77. Dudley Warnes Ch. *Las mejores historias de gatos*. *Calvino el gato*. Barcelona: Montesinos; 1995.
78. Zameenzad A. *La casa decimotercera*. Barcelona: Versal; 1988.
79. Stern M. *Elementos psicológicos del ape-go a los animales domésticos y respuesta a su pérdida*. *J Am Vet Assoc* 1996, 15.

80. Anónimo. Fontefrida. Romancero viejo. Madrid: Cátedra; 1995.
81. Yourcenar M. Memorias de Adriano. Barcelona: Edhasa; 1982.
82. Cela CJ. Pabellón de reposo. Barcelona: Ediciones Destino; 1990.
83. Allende I. Paula. Barcelona: Plaza Janés; 1998.
84. García Gómez E. El Luto en Al-Andalus de Abu-L-Hasan Al-Husri. Poemas arabi-goandaluces. Madrid: Austral; 1982.
85. Gil de Biedma J. Volver. Madrid: Cátedra; 1989.
86. Aleixandre V. Poemas Paradisiacos. Madrid: Cátedra; 1989.
87. Borges JL. Poesía Completa. Madrid: Alianza Tres; 1985.
88. Freud S. Inhibición, síntoma y angustia. Obras Completas, vol II. Madrid: Biblioteca Nueva; 1973.
89. Neruda P. Canto General. Madrid: Losada; 1955.